

de Damme, que era su puerto de depósito. Cuando Carlos VI recibió esta noticia estaba en Amiens, donde celebraba su casamiento. Desde fines de 1384 se habían hecho grandes preparativos en la Esclusa para un desembarco en Inglaterra. El ejército reunido para esta expedición fué llevado delante de Damme, cuyo sitio, comenzado en la época más calurosa del año, ocasionó al ejército francés grandes penalidades. El rey entró en Damme el 28 de agosto, por haberse retirado los ganteses después de haber esperado inútilmente nuevos socorros de Inglaterra; la villa fué saqueada y medio incendiada. El país de los Quatre-Métiers, enteramente al Norte de Flandes, que se había visto libre de las invasiones precedentes, fué asolado; después de lo cual, como era demasiado tarde para emprender nada contra Gantes y el rey quería volver al lado de la joven reina, se aplazó todo para el año siguiente.

Pero antes de fin de año se había hecho la paz en Flandes. La guerra duraba hacía seis años; toda Flandes sufría por causa de la misma. En cuanto á la alianza inglesa quedaba demostrado que no podía contarse con ella: los ingleses llegaban siempre tarde y volvían á marchar muy pronto. En fin, desde 1385, el amo de Flandes era el duque de Borgoña, sostenido por el feudalismo de los Países Bajos y principalmente por Carlos VI y todas las fuerzas de Francia. Lo mejor que podían hacer los municipios flamencos era reconciliarse con él. Dos burgueses de Gante, «de linaje mediano,» un batelero y un carnicero, asociados á un caballero, iniciaron negociaciones secretas con Felipe *el Atrevido*, quien había ya manifestado á los ganteses sus buenas disposiciones. En efecto, acogió muy bien las primeras proposiciones y lo hizo saber por cartas abiertas y por cartas reservadas, «muy bondadosas y muy amables para los de Gante.» El pueblo de Gante se pronunció por la paz. Tournai fué el lugar elegido para las negociaciones definitivas. La embajada flamenca, que contaba ciento cincuenta personas, desplegó un lujo tal que á los franceses les causó sorpresa y envidia. Después de trece días habían llegado á un acuerdo, excepto en un punto: el duque quería que los diputados de Gante le pidiesen perdón de rodillas; ellos se negaban. En vez de ellos se arrodillaron la duquesa de Brabante y la condesa de Nevers, y obtuvieron de Felipe, á fuerza de súplicas, el perdón de su buena villa de Gante; los diputados «no tuvieron nunca á bien doblar la rodilla.»

Por todo y para todos hubo gracia. Los privilegios, franquicias y usos de Gante y de las ciudades aliadas cuyas fueron garantidos. El duque prometió no acuñar más que moneda de buena ley y nombrar solamente oficiales nacidos en el país. Con respecto al cisma, los ganteses, á fuerza de insistencia, obtuvieron del duque el compromiso «de no obligarles á nada contra sus conciencias y la salvación de sus almas.» Tan luego como se juró el tratado, el júbilo estalló en todas partes; las campanas se echaron á vuelo. El 21 de diciembre se publicó la paz en todo Flandes. En 4 de enero de 1386, Felipe *el Atrevido* y Margarita de Flandes se presentaron á las puertas de la ciudad é hicieron su entrada en la misma; los últimos juramentos se cambiaron mutuamente poco después.

Aquí termina un período de la historia de Flandes. Este país no ha podido constituir su independencia ni

su unidad; obedece á un príncipe extranjero y continúa siendo un país dividido en ciudades, cada una de las cuales defiende lo mejor que puede sus intereses y sus privilegios, exclusivamente para sí. Además en cada ciudad persiste el conflicto entre los oficios y la burguesía, puesto que ninguno de los dos partidos había logrado triunfar definitivamente del otro, si bien los oficios habían obtenido notables ventajas. Los duques de Borgoña van á poner orden en aquella región políticamente confusa: organizarán un gobierno y sacarán grandes recursos; pero su dominación acabará la obra comenzada por los disturbios del siglo XIV: la traslación de la vida política, industrial y comercial hacia el Brabante y la Holanda.

Estos años de 1380 á 1385 constituyen un período de esfuerzos revolucionarios. En Inglaterra los campesinos se sublevaron contra los grandes propietarios; en la Francia del Mediodía y del Norte, las gentes de oficio se alborotaron contra los cobradores de impuestos del rey ó del conde, y hasta también alguna vez contra los burgueses. En París y en Flandes la burguesía contuvo tanto como le fué posible el movimiento «comunal.» Fué, sobre todo, la insurrección de aquéllos sobre quienes pesaban gravosamente el orden social y el gobierno, pero fué una insurrección desordenada. Se observa bien en ella el contagio del ejemplo; pero, en suma, los revoltosos obraron aisladamente y sucumbieron bajo la coalición, siempre pronta á realizarse, de las fuerzas reales y feudales.

### CAPÍTULO III

#### EL REY, SUS TÍOS Y SU HERMANO (I)

I. El duque de Anjou y la Italia.—II. La política del duque de Borgoña.—III. Los Marmosets.—IV. El duque de Turenna y la Italia.—V. La locura del rey.—VI. La paz con Inglaterra.—VII. La cuestión de Génova.—VIII. El cisma y la substracción á la obediencia.

#### I.—El duque de Anjou y la Italia

Las conquistas de Carlos V habían destruído el tratado de Calais y la guerra no hacía más que languidecer en las fronteras. Príncipes de flores de lis, señores y caballeros, habían adquirido, en las largas campañas contra los ingleses, la costumbre y el gusto de las aventuras. Toda esa gente era incapaz de vivir tranquilamente. Para contenerla, ó emplearla, ó dirigir la, se hubiera necesitado una mano poderosa, y el rey era un niño. Sus tíos no se preocupaban más que de sus ambiciones particulares. Los duques de Anjou y de Borgoña se empeñaron, cada uno para sí, en las empresas que convenían á su política (2).

(1) FUENTES.—Véanse las indicadas en la página 516.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Wallon, *Richard II*, 1864. Trevelyan, *England in the age of Wycliffe*, 1899. Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, 1876. Lindner, *Geschichte des deutschen Reichs unter König Wenzel*, 1880, y *Deutsche Geschichte unter den Habsburgern und den Luxemburgern*, II, 1893. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne de 1378 à 1450*, 1893. Durrieu, *Les Gascons en Italie*, 1885. N. Valois, *La France et le Grand Schisme*, 1896. Cipolla, *Storia delle Signorie dal 1313 al 1530*, 1881. Perrens, *Histoire de Florence*, VI, 1883.

El duque de Anjou buscó fortuna en Italia. Italia, fraccionada en principados y en repúblicas, casi todos enemigos entre sí, era una región abierta á las intrigas y á las codicias del extranjero.

Al Norte, Venecia permanecía aislada, mezclándose lo menos posible en los asuntos generales, muy ocupada en su política comercial y sobre todo en sus luchas contra Génova. Génova, bajo su gobierno popular, vivía en un estado permanente de anarquía. Florencia, gobernada entonces por una oligarquía, era rica y poderosa; en Toscana acababa de dominar á sus vecinas, Arezzo, Luca, Pisa y Siena; en el exterior seguía una política recelosa, fecunda en expedientes. Florencia había reconocido al papa de Roma, pero no le sostenía mucho. Con respecto al rey de Francia, le profesaba una viva amistad, por lo demás casi siempre platónica. Sus relaciones con el duque de Borgoña eran excelentes: los mercaderes florentinos, los embajadores de la república que iban á París ó á Flandes ó á Inglaterra, pasaban por la Borgoña; florentinos en gran número estaban establecidos en las grandes ciudades de los Países Bajos; y hasta el duque de Borgoña concedía entonces toda su confianza á una familia toscana, los Rapondi de Luca.

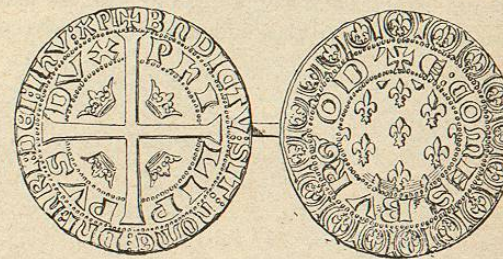
En Milán, Juan Galeas Visconti y su tío Bernabó habían, durante muchos años, gobernado juntamente. Bernabó era poderoso, cruel, muy temido; su riqueza le había procurado muy buenas alianzas de familia: dos de sus hijas habían casado con los duques Federico y Esteban de Baviera. Su sobrino Juan Galeas, el político más cínico de su tiempo, le hizo envenenar en 18 de diciembre de 1385, y de este modo llegó á ser el único señor del Milanesado. Era para Florencia el gran enemigo. Hacía la corte al rey de Francia, y atendía de una manera muy hábil al papa Clemente, sin reconocerlo públicamente; en Alemania solicitaba los favores de la casa de Luxemburgo, á fin de obtener del emperador el título de duque de Milán.

La confusión y el desorden eran grandes en el Centro y en el Sur de la península. El papa italiano Urbano VI reinaba en Roma, donde se daba á conocer como un terrible soberano; declaraba cismáticos y heréticos á sus adversarios, bien fuesen príncipes, reyes, sacerdotes ú obispos; hizo atormentar y después desaparecer á cardenales que querían darle curadores. El papa francés, Clemente VII, echado de Nápoles por los napolitanos, había tenido que refugiarse en Francia y había entrado pomposamente en Aviñón el 20 de junio de 1379. Pero una parte del Estado pontificio quedaba en poder de sus partidarios: el prefecto de Roma, Francisco de Vico, era dueño de Viterbo y de Civitavecchia; Rinaldo Orsini se mantenía en Umbría, en Orvieto, en Espoleto, en Corneto, y llevaba el título de rector del patrimonio en nombre de Clemente VII. Y varias partidas de *routiers* bretones, gascones ó de otros países ocupaban pequeñas localidades y guerreaban en territorio pontificio.

El papa Clemente había comprendido que solamente le quedaba abierto un camino para recobrar á Roma, «la vía de hecho,» como así se la llamaba, es decir, la fuerza. Se había concertado, en los últimos tiempos del reinado de Carlos V, con Luis de Anjou; le había prometido cortar para él en los Estados de la iglesia un «reino de Adria» y le había proporcionado la herencia de la reina

Juana de Sicilia, señora de Nápoles y de la Provenza.

Desde aquel momento, Luis se había preparado para recoger esta herencia. Pero Carlos de Durazzo, príncipe angevino (1), educado en la corte de Nápoles, á quien Juana había casado con una de sus sobrinas y que esperaba sucederle, se insurreccionó, unió su causa á la del papa Urbano, recibió de él la investidura del reino, entró en Nápoles é hizo morir por asfixia á la vieja reina en 1382. Fué entonces cuando el conde de Anjou, ayudado del conde de Saboya, bajó á Italia con un ejército cosmopolita; avanzó hasta seis leguas de Nápoles en octubre de 1382 y después empezó á conquistar penosamente el reino; pero murió en Bari el día 21 de septiembre de 1384. Dejaba un heredero de sus pretensiones, su hijo Luis II, que tenía entonces siete años



Moneda de Felipe *el Atrevido*, duque de Borgoña

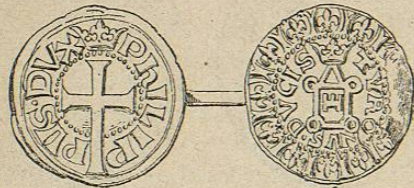
El reino de Nápoles quedó profundamente perturbado. Urbano VII, que había combatido con Carlos de Durazzo contra Luis de Anjou, riñó con él, le excomulgó y le declaró decaído. En 1385 predicó la cruzada contra él. Pero Carlos fué á morir en Hungría, donde reclamaba la corona: á su vez no dejaba más que un hijo de menor edad, llamado Ladislao.

Así, una vez más, el papado atraía hacia Italia las armas francesas. Daba el reino de Nápoles, del cual era señor soberano, á un príncipe de la segunda casa de Anjou, como lo había dado en el siglo XIII á un príncipe de la primera casa de este nombre. Se suscita otra vez para Francia la cuestión napolitana. Llegará el día en que el rey de Francia heredará los derechos de los angevinos á la corona de Nápoles. Para hacerlos valer, Carlos VIII inaugurará, á fines del siglo XV, las guerras de Italia, en las que la realeza francesa encontrará, mezclados con éxitos y con victorias, tan grandes dificultades y tan serios disgustos.

(1) Sobre la primera casa de Anjou, véase el tomo primero, págs. 476 y siguientes, y págs. 484 y 486. La primera casa de Anjou, cuyo jefe fué Carlos I de Anjou, hermano de San Luis, ya no poseía el Anjou que Carlos II de Anjou había cedido á Carlos de Valois, reunido á los dominios reales al advenimiento de Felipe de Saboya y dado por Juan *el Bueno* á su hijo Luis, jefe de la segunda casa de Anjou. Pero dicha casa tenía, fuera de Francia, posesiones, títulos, derechos y alianzas muy extensas. Reinaba en Nápoles y en Provenza. Tenía *in partibus* el reino de Jerusalén, á consecuencia de la adquisición que había hecho Carlos I de los derechos de María de Anjou. Dos príncipes angevinos llevaron el título de emperador de Constantinopla y reinaron en Acaya. Carlos, apellidado Martel, nieto de Carlos I, fué rey de Hungría y murió en 1295; su hijo, Carlos Roberto, rey de Hungría († en 1342), casó con Isabel de Polonia; su nieto, Luis *el Grande* († en 1382), fué rey de Hungría y de Polonia. No dejó más que hijas: una de ellas, María, casó con Segismundo de Luxemburgo, el futuro emperador, que fué rey de Hungría; otra casó con Josellón, gran duque de Lituania, que después fué rey de Polonia. Carlos, duque de Durazzo (en Albania), era nieto de Juan, octavo de los hijos del rey de Nápoles Carlos II.

## II.—La política del duque de Borgoña (1)

La partida de Luis de Anjou para Italia, prontamente seguida de su muerte, dejó el campo libre al duque de Borgoña. Felipe *el Atrevido* apenas se separaba del rey; lo llevaba á su ducado y le procuraba una vida apacible y hermosa. Cristina de Pisán, de la cual fué el bienhechor, da de él un retrato que es un panegírico. «Era, dice ella, de gran saber, de gran trabajo y de gran voluntad. En ningún tiempo apenas descansaba, estando casi siempre, ya en consejo, ya en camino. Se mostraba bondadoso y amable con los grandes, los pequeños y los medianos; generoso como un Alejandro, noble y pontifical en corte y estado de magnificencia.» Su estatua, obra de Claus Sluter, conservada en Dijón, le representa cubierto con su gran manto, con las manos juntas, sus fuertes espaldas, su ancha figura algún tanto

Moneda de Felipe *el Atrevido*, duque de Borgoña

obesa, su aspecto de burgués satisfecho y majestuoso, su frente seria y reflexiva y su mirada derecha y dominante. Era un político, principalmente preocupado de la grandeza de su casa.

El duque de Borgoña la emprendió desde luego contra Inglaterra. Tenía que vengarse de la intervención de los ingleses en los asuntos de Flandes, y quería sin duda hacerla imposible en lo venidero. Se ha visto (2) que se había preparado una primera expedición contra Inglaterra desde fines de 1384, pues la tregua debía expirar en la primavera siguiente, si bien se había empleado gran parte de la misma en recuperar Damme del poder de los ganteses. La expedición á Inglaterra se aplazó para el año siguiente. Las circunstancias parecían favorecer este proyecto.

El poderío inglés sufría entonces un eclipse. Ricardo II era un hombre de menos de veinte años, perezoso, pródigo, que otorgaba su favor sin discernimiento. El canciller Miguel de la Pole, duque de Suffolk, un advenedizo, trataba de sacudir la molición de su señor y de restaurar la autoridad real en detrimento de los tíos del rey y del Parlamento, lo cual debía provocar graves conflictos políticos. La revuelta de los trabajadores parecía apaciguada; pero subsistían aún las causas del descontento. Como los villanos seguían en la misma dependencia con respecto á los lores, se originaban todavía disputas, resistencias, negativas de servicios, ligas de aldeanos. Las campañas continuaban despoblándose, y se veía aumentar el proletariado vagabundo, «el ejército de los pobres.» Los miserables se agrupaban

(1) OBRAS DE CONSULTA.—D. Plancher, *Histoire du Bourgogne*, III, 1748. Terrier de Loray, *Jean de Vienne*, 1878. Moranvillé, *Etude sur la vie de Jean le Mercier*, 1888. De la Roncière, *Histoire de la marine française*, II, 1900. De Circourt, *Le duc Louis d'Orléans, frère de Charles VI*, «Revue des Questions historiques», XLI, 1887.

(2) Véase pág. 525.

alrededor de los Lollards, esos pobres sacerdotes, vestidos con una roja piel de cordero, que iban por las campiñas á leer la Biblia y á predicar contra las riquezas de la Iglesia.

Desde la muerte de Eduardo III el ejército y la marina ingleses estaban en decadencia. Los escoceses habían renovado las hostilidades en 1383. Incendaban las villas próximas á la frontera y se retiraban á los bosques. Lancáster quiso destruir los bosques; pero creó un desierto en el que su ejército murió de hambre. Algunos caballeros franceses iban casi todos los veranos á tomar parte en las incursiones de los escoceses en territorio inglés. En fin, las fuerzas de Inglaterra van á gastarse en una empresa inoportuna. El tío del rey, Juan de Lancáster, se titulaba siempre rey de Castilla y quería conquistar su reino. En 1385 la Inglaterra pareció tomar en serio esta quimera. El día de Pascua de 1386, Lancáster recibió de Ricardo II una corona de oro, y partió de Plymouth con doscientos navíos y veinte mil combatientes.

En aquella ocasión se proseguían en Francia los preparativos del desembarco, en los cuales se emplearon ocho meses. Se trataba de proveer á las necesidades de ocho mil hombres de armas y de sesenta mil hombres de infantería, que en la primavera llegaron de todos los puntos del reino. La flota era la mayor que se haya visto desde que «Dios creó el mundo.» Se componía de mil cuatrocientos buques, en parte franceses y en parte extranjeros. Se construyó una ciudad de madera con los más hermosos robles de Normandía y de Bretaña; estaba hecha de empalizadas y de torres que podían ser desmontadas y ajustarse y levantarse en tres horas, para servir de campo atrincherado. Pero se había convenido que el rey y los duques tomarían parte en esta gran expedición. Carlos VI era un niño más engorroso que útil; los duques de Borgoña y de Berri se envidiaban mutuamente; el primero, que era el autor del proyecto, quería partir sin su hermano; y el segundo no quería que la expedición diese buen resultado.

El rey no se puso en camino hasta mediados de agosto. Llegado á la Esclusa, no se embarcó. Se decía: «El rey se embarcará el miércoles ó el jueves.» Pero se aguardaba al duque de Berri, que había marchado al Mediodía á buscar gentes de armas y que se retrasaba expresamente. Durante este tiempo los navíos ingleses cruzaban por la costa y causaban mucho daño; sus hombres de armas salían de Calais para apoderarse de Casel y de Burburgo. El condestable de Clissón, con sus navíos, fué arrojado por el viento á la embocadura del Támesis; una parte de su flota, y precisamente algunos de los buques con las piezas de la ciudad de madera, fueron apresados por los ingleses. Por fin el duque de Berri llegó á cortas jornadas; el 14 de octubre estaba en la Esclusa. Pero era demasiado tarde para marchar; los días se habían hecho «cortos y feos, y las noches se alargaban;» el viento era contrario y la mar estaba gruesa. En el Consejo, el duque de Berri demostró que no era posible partir. La expedición se aplazó hasta la primavera siguiente. En el reino, en que el descontento fué muy vivo, se acusaba á los príncipes de inteligencias con los ingleses.

En la primavera de 1387 fué el duque de Bretaña quien lo echó todo á perder. Temía las intrigas del con-

destable Clissón, quien se había hecho conceder por Juan de Penthièvre, heredero de Carlos de Blois, la administración de los dominios de Penthièvre, y 1387 trataba de casar á su hija con este príncipe. Ahora bien; Clissón había reunido en Tréguier una de las dos flotas que debían formar la expedición á Inglaterra. El duque le envió á buscar á los Estados de Bretaña en Vannes, en junio de 1387; Clissón tuvo la candidez de ir allí. Un día, después de la comida, visitando el castillo del Hermine, fué cogido, encerrado en la torre grande y allí «cargado de tres pares de muy gruesas cadenas de hierro.» Es cierto que, después de haber dudado si lo haría colgar, ahogar ó quemar, Juan IV acabó por dejarle en libertad, mediante el pago de un rescate de 100.000 francos, la entrega de su castillo de Josselin y otras diez fortalezas, y hacerle suscribir toda suerte de compromisos humillantes. Clissón corrió en busca de Carlos VI y ofreció devolverle la espada de condestable; pero el rey la rehusó y prometió hacer buena justicia. Los dos tíos del rey, amigos del duque de Bretaña, se interpusieron. Después de muchas dificultades, Juan de Montfort fué á París á arrodillarse delante del rey, y devolvió á Clissón todo lo que le había quitado; los dos enemigos, sentados á la misma mesa, bebieron en la misma copa. Pero la expedición á Inglaterra se había frustrado.

La gran guerra se suspendió por mucho tiempo. En 1387 y 1388 los ingleses hicieron correrías por mar y fueron perseguidos sin ninguna acción decisiva. Las hostilidades parecieron por algún tiempo transportadas á España. El duque de Lancáster había desembarcado en Portugal é intentado conquistar Castilla; algunos caballeros franceses ayudaron al rey don Juan, sucesor de don Enrique, á rechazarle. Por lo demás, nada resultó de todo esto. El rey de Castilla acabó por hacer las paces con el duque de Lancáster. Entre Francia é Inglaterra volvió á recomenzar el régimen de las treguas, á partir del 18 de agosto de 1388. Así todo aquel gran esfuerzo y aquellos grandes gastos no habían conducido á nada. Esto fué una contrariedad para Felipe *el Atrevido*.

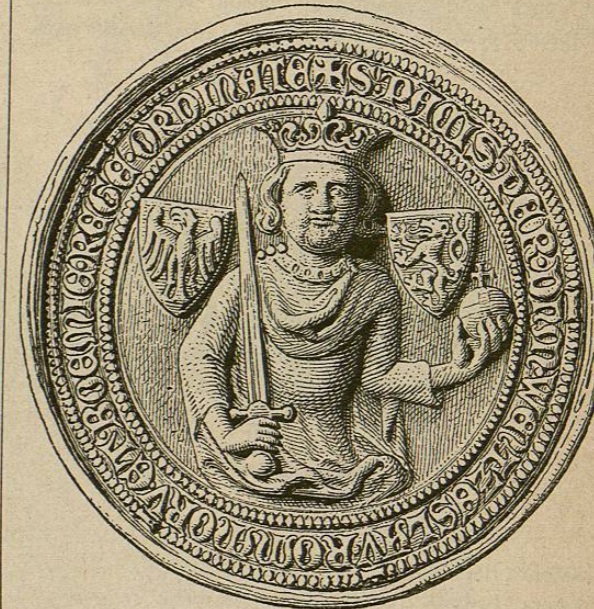
El duque de Borgoña, vecino de Alemania y en dependencia del Imperio por algunas de sus posesiones, el condado de Borgoña (Franco-Condado), el señorío de Malines y la parte de Flandes septentrional llamada los «Quatre-Métiers,» tenía una política alemana, ordenada y cuidadosa.

Alemania, fraccionada en centenares de principados eclesiásticos y laicos y repúblicas urbanas, era, como Italia, un camino abierto á las empresas. Tenía por toda autoridad general una Dieta, especie de Estados generales incoherentes, y un emperador, muy reverenciado y reputado el primer personaje de la cristiandad, pero sin medios de gobernar ni de hacerse obedecer. La dignidad imperial, que era electiva, parecía haberse hecho hereditaria en la casa de Luxemburgo; Wenceslao, en 1378, había sucedido á su padre Carlos IV. Tenía por dominios uno de esos grupos extraños de territorios como los que se formaban en el Imperio: al Oeste de Alemania, el ducado de Luxemburgo, cuna de la familia; al Este, la Bohemia, la Moravia, la Silesia, la Lusacia, la Marca de Brandeburgo, país en el que dominaba la raza eslava. Wenceslao tenía un espíritu bas-

tante cultivado; pero era indolente, caprichoso, fantástico, apasionado por la caza, hasta el punto de olvidar por ella sus deberes de soberano. Los príncipes de la casa de Luxemburgo, amigos desde un siglo atrás de la familia de los Capetos, y que habían transformado la Bohemia con el concurso de sabios y artistas franceses, estaban en Alemania considerados como extranjeros y expuestos á la impopularidad.

Pero fué en los países del Sudoeste de Alemania donde buscó alianzas el duque de Borgoña.

Una de las ramas de la casa de Austria poseía una parte de Suiza, el Brigaw, el condado de Ferrette y grandes dominios en Alsacia: era limítrofe del Estado

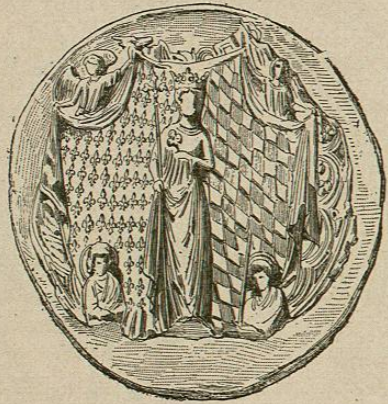


Sello del instrumento de paz y seguridad públicas del rey Wenceslao

borgoñón. Catalina de Borgoña, hija de Felipe *el Atrevido*, se desposó con Leopoldo, heredero de una parte de los dominios austriacos. Esta unión debía valer más tarde á Catalina de Borgoña el condado de Ferrette. Mucho más importantes fueron las relaciones de Felipe con los Wittelsbach, una de las casas que surgían de la multitud de familias de príncipes alemanes. Poseía dicha familia, aunque dividida en cuatro ramas, la Baviera en el Alto Danubio, y á las dos orillas del Rhin el Alto y el Bajo Palatinado. Además acababa de establecerse, por herencia, en los Países Bajos. Alberto de Baviera poseía el Hainaut en la frontera de Francia, país enteramente francés por su lengua y sus costumbres (el país de Froissart), la Holanda y la Zelandia, es decir, las bocas del Mosa y del Rhin. Ahora bien; Alberto tenía un hijo, Guillermo, conde de Ostrevant, á quien se trataba de casar con la hija del duque de Lancáster. Esta unión hubiera sido peligrosa para el duque de Borgoña, conde de Flandes, y para el reino de Francia: Felipe negoció el casamiento de su hija Margarita con Guillermo de Ostrevant; pero Alberto de Baviera se mostró muy exigente: para consentir en el casamiento de su hijo con Margarita de Borgoña puso por condición que su hija había de casarse con Juan, hijo primogénito de Felipe *el Atrevido*. El doble casamiento se verificó en Cambrai, en la Pascua de 1385, asistiendo

el rey de Francia. El duque de Borgoña se había hecho prestar joyas por él y por el duque de Berri; había hecho llevar á Cambrai sus tapices, vajillas y muebles preciosos. Las damas eran tan hermosas que el abad de Saint-Aubert no se atrevía á mirarlas «por decoro religioso.» Se celebraron grandes torneos, y el rey de Francia justó en ellos nueve veces contra un caballero de Hainaut.

El casamiento del rey fué una consecuencia de esta política borgoñona. Carlos V, según se decía, había manifestado el deseo de que su hijo se casara en Alemania, «porque veía que el rey de Inglaterra estaba casado con la hermana del rey de Alemania, por lo cual valía más.» Se propusieron al consejo varias princesas alemanas; pero el duque de Borgoña hizo decidir el ca-



Sello de Isabel de Baviera

samiento de Carlos VI con una princesa de la casa de Baviera, Isabel, hija del duque Esteban *l'Agrafe* (el Abrochado), nieta de Bernabó Visconti. A mediados de julio de 1385, Carlos VI se dirigió á Amiéns, adonde la duquesa de Brabante y las condesas de Hainaut y de Ostrevant condujeron á su desposada, á la cual se habían esforzado en enseñar á llevar los ricos vestidos á la moda de la corte, porque el suyo era muy sencillo «según el estado de Francia.» El rey la miró «en gran manera» y quedó desde luego prendado de esta niña de quince años, «pequeña y morenita.» tan fresca «que no había otra tan jovencita.» «Esta dama va á quedarse entre nosotros; el rey no puede dejar de mirarla.» se decía. Carlos VI quiso que la ceremonia se celebrase en la catedral de Amiéns, «porque no podía dormir por la noche pensando en la que será su mujer.» «El lunes curaremos á estos dos enfermos.» dijo el duque de Borgoña. En 17 de julio se bendijo su unión; y, como dice Froissart, «que estuvieron en placer amoroso aquella noche, lo podéis bien creer.»

Ocurrió una circunstancia en la que el duque de Borgoña demostró que disponía de las fuerzas del reino como si le perteneciesen y para sus fines particulares. El ducado de Gueldre ocupaba las dos orillas del Mosa inferior, con Arnheim y Nimega. El duque Guillermo y su hermano el duque de Juliers habían hecho alianza con Carlos V y recibían de él una pensión. Por otra parte, el duque de Borgoña era, por afinidad, sobrino de la duquesa de Brabante. Ahora bien; Juana de Brabante, que estaba en guerra con el duque de Gueldre, llamó en su auxilio á Felipe *el Atrevido*, el cual, se-

ducido por el ofrecimiento de algunos castillos y sobre todo por la perspectiva de la herencia de Brabante, arrastró en su intervención al rey de Francia. Pero el duque de Gueldre trató con el rey de Inglaterra y envió al rey de Francia letras de desafío, dirigidas á Carlos, «que se titula rey de Francia;» dichas letras se habían redactado en Londres, y estaban escritas, no en pergamino con sello colgante, sino simplemente en papel con sello estampado. Estos procedimientos eran tan contrarios al uso, que á Froissart le costaba trabajo creer en la autenticidad de esas letras (1).

La necesidad de restablecer una vez más las paces entre el duque de Bretaña y Clisson retardó el castigo de esta insolencia hasta el verano de 1388. A fin de agosto, un ejército francés de seis mil hombres de armas, seguido de un enorme tren, partió de Montreuil. El camino más directo era por el Brabante; pero Felipe *el Atrevido* quiso evitar á este país los daños consiguientes al paso del ejército, y fué preciso, por lo tanto, dar un gran rodeo, atravesar la región salvaje de los Ardenes: «altos bosques, diversos y extraños valles, rocas y montañas» erizaban el camino. El duque de Gueldre, que conocía los apuros del ejército de Carlos VI, consintió en ir á encontrar al rey en Korrenzig. Pero exigió un salvoconducto, se hizo esperar veinte días, se retrató, solamente con la boca, de su desafío, y aceptó la mediación del rey de Francia para sus cuestiones con la duquesa de Brabante, sin dejar de ser, á pesar de esto, el aliado de Inglaterra. El consejo del rey vacilaba en contentarse con una tal sumisión. El duque de Borgoña, que tenía interés en conciliarse un vecino tan resuelto, fué de opinión de hacer la paz. La vuelta fué desastrosa; los ríos habían desbordado; una buena parte de los bagajes se perdió (2). Por fin, en 26 de octubre, el rey llegaba á Reims.

Una sorpresa terminó esta campaña. Carlos VI iba á cumplir veinte años y empezaba á estar impaciente de toda tutela. Esta ridícula expedición de Gueldre, realizada después de las miserables tentativas contra Inglaterra, le incomodó, sin duda alguna. Tenía en su compañía á su hermano Luis, próximo á cumplir diez y siete años, quien, probablemente, estaba tan cansado como él del gobierno de sus tíos. El rey había ordenado á sus consejeros que fueran á juntarse con él en Reims: allí se celebró, á primeros de noviembre, una gran reunión en el palacio arzobispal, á la que asistieron los duques de Berri y de Borgoña. El decano de los consejeros, el anciano cardenal de Laón, tomó la palabra y pidió que el rey gobernara el reino por sí mismo; ya le había llegado la edad, y con la edad la sabiduría. Carlos aprobó este discurso y en seguida dió las gracias á sus tíos por su abnegación y por los servicios que le habían prestado. Los tíos del rey le rogaron inútilmente que lo reflexionara bien, y que aguardara hasta su regreso á París para tomar una resolución definitiva. El cardenal de Laón murió algunos días después, y con

(1) Esos documentos se conservan en los *Archivos Nacionales*, J. 522, 16, y fueron publicados en la obra de Douët d'Arceq, *Choix de pièces inédites relatives au règne de Charles VI*, I, página 78.

(2) Sobre esta expedición, véase á Lindner, *Der Feldzug der Franzosen gegen Jülich und Geldern*, «*Monatschrift für Rhein-Westfälische-Geschichtsforschung*,» II, 1876.



ISABEL DE BAVIERA

(Dibujo de Ronjat según un cuadro del Musco de Versalles)